

PASEOS CON MI PADRE



Recuerdo nuestros trágicos paseos. Andábamos muy despacio, sin tiempo, dando la vuelta a la manzana; Plaza del Rey, calle Barquillo, Augusto Figueroa y vuelta a empezar, cogidos del brazo, mi padre aferrándose a mí y yo que nunca encontraba el ritmo de su paso.

Eran casi heroicos nuestros paseos, bajar tres pisos, trece escalones en cada tramo, salir a la calle y andar tan malamente por las aceras estrechas, pegándonos a las fachadas para no chocar con los ciegos que salían de la ONCE y bajaban hacia Augusto Figueroa disparados, pegando bastonazos a troche y moche. Yo iba demasiado pendiente de mi padre, intentando protegerlo de todo, de manera que siempre andábamos horriblemente mal, yo abajo, él arriba de la acera, subiendo y bajando por los coches que pasaban y pitaban en aquellas mañanas y tardes infernales de los días entre semana. La gente nos miraba, pero yo ya estaba cansada de aquellas miradas estúpidas, medio de compasión, de curiosidad, miradas vacías inexpresivas algunas, pero siempre fijas en nosotros como si fuésemos lo insólito de la mañana, algo distinto en la rutina de su camino; por eso nos poníamos las gafas de sol; él porque después de la enfermedad estaba tan debilitado que el más mínimo brillo o resplandor de aquel tibio sol de febrero, le hacía daño, yo para no encontrar esas miradas que se clavaban en nosotros sin misericordia, con una tenacidad que nunca dejó de asombrarme, cada mañana y cada tarde durante aquellos larguísimos paseos, con tanto esfuerzo y tanta tensión y sin embargo tan lentos, tan sin provecho. Así avanzábamos, él cogido a mi brazo, con nuestras gafas de sol y nuestro paso sin ritmo, roto y desigual, recorriendo las mismas calles, las mismas tiendas, los mismos portales.

